



Uno momento de la actuación de «Arena».

QUIQUE MARTÍNEZ BUESO

CRITICA DE TEATRO

Callejero

ANTONIO ARCO

«**A**RENA», que el jueves representó Callejero en el Romea, es la vanguardia pura; selecta. O sea: puede comprenderse su trabajo, su desmesurado esfuerzo físico, y aplaudirse, o rechazarse radicalmente por su pesadez. La pesadez es un concepto con el que hay que andarse con mucho cuidado en teatro. La pesadez (como creación minuciosa sin concesiones a la ligereza de actos o al gusto fácil del espectador) tiene también un límite: el cansancio. Aunque también con el cansancio hay que andarse con ojo, porque hay un cansancio provocado, estudiado, que forma parte del efectismo último de un espectáculo. Lo pesado y el cansancio en el montaje de «Arena», en cualquier caso, se integran en una pura obra de arte, en un logro teatral sin fisuras, en un experimento que hace de los actores autómatas, y del director, Esteve Graset, un investigador de peso.

Callejero parece nutrirse del mismo espíritu de «Metrópolis», de Fritz Lang, donde un ejército de trabajadores esclavos manipulan máquinas enormes en una gigantesca y sórdida ciudad del futuro. Las máquinas podrían ser unos simples cajo-

nes de madera que los actores-autómatas manipulan de mil formas a lo largo del espectáculo. Entre ellos se da una comunicación absoluta. El vertigo que la ciudad (prisa, ruido, lucha por la supervivencia, pérdida) provoca en los ciudadanos se plasma en Callejero a través de movimientos mecánicos, continuos, incansables, reiterativos. Los actores (convencidos de lo que hacen y perfectamente preparados para su trabajo), se pasan hora y media realizando variaciones sobre un mismo concepto del movimiento rígido al son de un 'poseído' violín que crea el clima ideal de frialdad y deshumanización. Todo es rotundo en Callejero: su perfección, la claridad de lo que Graset se propone con él, el trabajo encomiable de los actores (tres chicas y dos chicos).

Hay unos elementos sencillos que ayudan a éstos a realizar sus movimientos de danza-mímica con más posibilidades: inmensas bolsas de plástico negras, unos muñecos de cartón, unos trapos y unas sillas. Al final del espectáculo el escenario se ha convertido en una escultura urbana que flota en la penumbra y en el espacio. Eso sí, una duración más breve ayudaría a sobrellevarlo con más paciencia.